

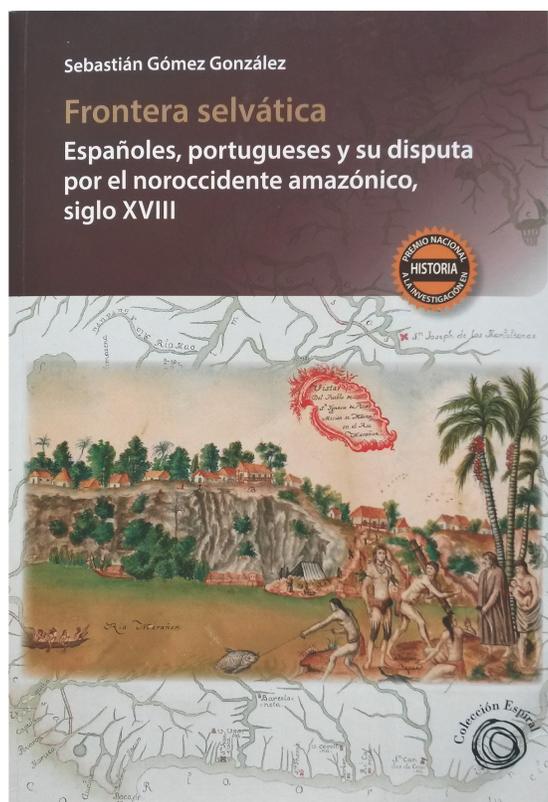
Sebastián Gómez González. Frontera selvática. Españoles, portugueses y su disputa por el noroccidente amazónico, siglo XVIII

Óscar Granados

Profesor asociado Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

orcid.org/0000-0002-4992-8972

oscar.m.granadose@utadeo.edu.co



El desconocimiento de la región amazónica ha sido un factor común en diferentes momentos de la historia. Desde la Colonia, la era republicana, incluso en la actualidad, ese desconocimiento ha conducido a que la cuenca amazónica se vea como una región ajena, absorbida por procesos que solamente se conocen en su interior, y fuera de ella son casi una leyenda. Sin embargo, esta cuenca ha tenido durante siglos una dinámica propia que hace inevitable leer el libro de Sebastián Gómez.

La obra de Gómez, merecedora del Premio Nacional a la Investigación en Historia del Instituto Colombiano de Antropología e Historia en 2014, presenta la dinámica de una región no solamente olvidada por las metrópolis, por los centros de poder colonial en Santafé, Quito, Lima o Salvador y posteriormente Río de Janeiro, sino también por la historiografía misma. Ese olvido, no era un elemento decisivo para toda la población, ya que existía una población indígena que convivía con la llegada de un puñado de aventureros, comerciantes y religiosos, que veían oportunidades en los productos que ofrece esta vasta región. Posiblemente, no tan provechosos como el oro y la plata de los Andes o el oro de Minas Gerais, en Brasil. Pero sí podrían significar, a futuro, extensos espacios para obtener una expansión territorial, y también un beneficio económico de la actividad extractiva.

Pero, ¿por qué un libro con una perspectiva de historia social se convierte en un referente para otras disciplinas históricas? Esto se debe a la profundidad con que se trabaja la fuente primaria y porque nos integra, desde una visión de la historia social, la construcción de un proceso político entre los imperios que muchas veces se desdibujó a la hora de llegar a la selva. A una región donde los conceptos políticos no lograban articularse y donde la ley del conquistador muchas veces era la dimensión más precisa para abordar una frontera dinámica, definida no por los procesos políticos sino por los que construían los militares, religiosos, indígenas y comerciantes de ambos lados de los imperios ibéricos, y en ocasiones, de las propuestas definidas de avance territorial de los holandeses, franceses y británicos, "ligado al expansionismo ultramarino hasta el punto de invadir jurisdicciones ajenas" (p. 24).

La obra de Gómez está estructurada en tres grandes capítulos que buscan definir de manera cronológica la dinámica de una frontera selvática en el noroccidente amazónico y, más precisamente, en la Provincia de Maynas, que fue reduciéndose ante los avances portugueses. En una primera etapa, se extendía desde el poblado de Andoas hasta la desembocadura del río Negro en el río Amazonas, muy cerca de lo que hoy es Manaos. Y aunque podría cuestionarse el esquema cronológico, es fundamental para entender cómo la evolución política se integró con el proceso social de la región, y aunque en ocasiones se quería presentar la evolución política entre los imperios ibéricos, que determinaba la dinámica de la región amazónica, se puede ver que la región se transformaba a partir de algunos de los elementos que se definían en las metrópolis. Esto era producto de la interacción de unas estructuras sociales propias, ajenas y extrañas que construían la evolución, muchas veces en beneficio de un puñado de aventureros y, en muy pocas ocasiones, por los vasallos directos de las monarquías. Es decir, se convertía "en un lugar de refugio y resistencia para marginados e inconformes con el proyecto [...] conquistador [...] de la monarquía hispánica" (p. 31). Esto en ocasiones se percibía como una región que no contaba con características fronterizas, pero eso no la exoneraba de ser un territorio marginado donde los poderes imperiales no tuvieron un desarrollo estable y continuo, si se puede hablar de desarrollo, como lo menciona Gómez (p. 23).

A su vez, esta región fue el lugar para la fricción territorial de las estructuras administrativas de los imperios en Suramérica; era el lugar para la interacción de la Real Audiencia de Quito, el Nuevo Reino de Granada, el Virreinato de Perú, la Capitanía General de Venezuela, las capitanías portuguesas de Maranhão, Grão-Pará, y, posteriormente, de Río Negro y Mato Grosso (pp. 24-25). Es decir, que la confrontación y también la desatención no eran producto de la metrópoli únicamente, sino de las estructuras políticas centrales en la región y sus acciones para responder a la prioridad dada por la monarquía sobre esta jurisdicción. Donde la ocupación territorial estuvo desarticulada de los núcleos administrativos más cercanos (p. 38).

El primer capítulo, que resalta el proceso de contacto en la Cuenca Amazónica, se divide en tres subcapítulos que tienen como propósito argumentar cómo fue ese contacto con una región inhóspita para todo agente que se acercara a este océano amazónico. Por esa razón, fueron varios los intentos fallidos de dominar, aunque suena un poco absurdo, las selvas suramericanas durante el siglo XVI. Aquí, Gómez hace una primera aseveración: "es un territorio marginal y fronterizo, una enorme periferia imperial, casi descartable e ingresa con notables creces en la denominación tradicional de frontera" (p. 30).

Sin embargo, para el siglo XVII se contaba con una estructura oficial y clerical que generó una consolidación de la situación fronteriza: el noroccidente amazónico seguía siendo una región prácticamente desconocida (p. 39). Donde la interacción no solamente se dio desde las estructuras administrativas próximas sino también desde México. Éste sería el inicio de un acercamiento hacia la región y el comienzo de un proceso fundacional de pequeños poblados en esta parte de la cuenca amazónica (pp. 40-41). Un ejemplo fue la expedición de Pedro Teixeira, que buscó afianzar lo que sería la posterior emancipación lusa del Reino de España, período en el que la acción de los portugueses fue más activa que la española en la región en cuestión, que se sorprendió y reaccionó fuertemente (p. 46), pero nunca controló el avance hacia el occidente de los portugueses.

Sin embargo, sería hasta el fortalecimiento económico de la Real Audiencia de Quito, y siguiendo órdenes de la corte peninsular, que empezaron a centrar su atención en el oriente del alto Amazonas, donde los cultivos de algodón serían parte fundamental para el desarrollo económico de esta región (p. 53). A partir de esto, las estructuras administrativas de Quito y Santafé, así como la de Popayán, siguiendo los lineamientos de los Habsburgo, expandieron la frontera misional y buscaron recursos que permitieran el sostenimiento de las misiones, así como nuevos ingresos para el erario de la monarquía (p. 55). Mientras que del otro lado estaban los lusitanos venidos desde el oriente, con el propósito de establecer fortificaciones y esclavizar indios, en su interés por avanzar sobre la región. Una región lejana a los territorios de Maranhão y Grão para los lusitanos, y aún más distante para la Corona de Francia, que bajo la misma lógica misional avanzó con algunos misioneros capuchinos, y también los españoles, con el apoyo de los católicos irlandeses (pp. 59-62).

Aquí, Gómez argumenta que el enfrentamiento trascendía más allá de los imperios ibéricos: la participación de los ingleses contra los intereses de los irlandeses que distorsionaban el engranaje de sus objetivos, pero también, el apoyo a los objetivos portugueses. Esto ocurría desde el avance de Pedro Teixeira, donde la desembocadura del Amazonas se convertía en la principal puerta del Nuevo Mundo (pp. 65-68), y también, donde los relatos de misioneros,



como el caso del jesuita portugués Simão de Vasconcellos, mencionaban que el río Amazonas era el emperador de todos los ríos del mundo (p. 69).

Los relatos de las misiones no solamente empezaron a atraer a diferentes aventureros y grupos de comerciantes, sino que también se convirtieron en la forma de manifestar los abusos que se cometían contra los pobladores locales. Los relatos de Pedro Luis, Antonio Viera, el Padre Acuña, Samuel Fritz, entre otros, observaron con detenimiento lo que sucedía en la frontera y los problemas que se suscitaban por los límites jurisdiccionales.

Sin embargo, "la evangelización de los indios y la creación de misiones bajo la tutela jesuítica eran en sí los motivos de mayor peso para justificar el interés de proteger un territorio adscrito a una monarquía específica" (p. 75). Las incursiones portuguesas, cada vez más frecuentes desde la reactivación de su autonomía monárquica, podían acabarse con el fortalecimiento de las misiones jesuíticas, que condujo a que varios misioneros violaran las leyes portuguesas al promover e instigar a los nativos a escapar de las misiones portuguesas (pp. 84 y 87). La avanzada portuguesa era la mejor forma de legitimar, ante la Corona española, la importancia de las misiones en el Amazonas y, por ende, de la Compañía de Jesús, ante la ausencia de españoles que protegieran un vasto territorio, del cual los jesuitas ya conocían gran parte (p. 94).

Gómez manifiesta tácitamente que los portugueses esperaban sembrar cacao, vainilla y azúcar o explotar éstos y otros productos (pp. 88 y 96), lo que sustenta que la avanzada de los lusitanos no fuera simplemente política, sino también económica. Es decir, la ocupación de un territorio por empresas expansionistas de diversas nacionalidades fue una condición permanente en la dinámica de la cuenca amazónica (p. 100).

En el segundo capítulo, Gómez hace una revisión más profunda y extensa (este capítulo se divide en ocho secciones), partiendo desde un escenario propio de la evolución social y cultural en Europa que se iniciaba con el Siglo de las Luces. Donde las incursiones militares lusitanas se volvieron más frecuentes, así como las reacciones españolas, pero siempre basadas en intenciones y pocas acciones. Nuevamente, era primordial el apoyo a la Compañía de Jesús por parte de España, ya que Portugal tenía una mayor cercanía con otras potencias europeas (pp. 105-107).

Lo que se creía que funcionaba en la definición fronteriza, el Tratado de Tordesillas, había dejado de ser el elemento regulador de una avanzada cada vez más frecuente en diferentes lugares de la cuenca, y que buscaba acercarse a regiones esenciales para el abastecimiento de materias primas. Era tal el avance portugués que varios de sus conciudadanos defendían todo el cauce del río Amazonas como propio del Rey de Portugal (p. 112). La línea imaginaria de Tordesillas sería realzada años después por el Padre Maugeri como un motivo irrefutable de obediencia por parte de Portugal para abandonar esos territorios usurpados más allá de ella (p. 204).

Ante la avanzada lusitana, el Reino Español se mantuvo inconforme, vulnerado y con una limitada capacidad material para hacer frente a la situación en el noroccidente amazónico. Al punto de escuchar propuestas de grupos militares privados o milicianos que defendieran el territorio amazónico (pp. 115 y 135), pero que lamentablemente nunca se consolidaron, como tampoco la defensa oficial desde Quito, Lima, Popayán o Santafé. Esto dio como resultado que un fehaciente corista portugués argumentara que no defender un territorio significaba que aquellas tierras no eran de España (p. 118). Aunque muy diferente sería que estos intereses los llevaran a surcar el piedemonte andino, y la posible invasión de ciudades como Quito, Po-

payán o Pasto, ante las incursiones del lucrativo contrabando de los portugueses en regiones como San Miguel de Sucumbíos (pp. 119, 166 y 184-185). Era un temor que se expandía más allá de las acciones portuguesas por la cuenca amazónica, también por parte de los ingleses en la Cuenca Pacífica y sus intereses en Guayaquil en 1709 (p. 123).

Las pequeñas expediciones militares desde Quito encontraron que la expansión había generado un colchón entre los dos dominios, con el propósito de evitar la confrontación, pero esto hacía más fácil la continua expansión lusitana ante la debilidad y la baja frecuencia de revisión del territorio fronterizo por parte de los españoles. Dejando una responsabilidad política y de seguridad en cabeza de las misiones religiosas o de un puñado de militares, que en ningún momento generó preocupación en los exploradores portugueses, sino que fortaleció sus propósitos de construir ante cada nueva avanzada y prevenir la recuperación española (pp. 124-129).

Sería necesario un nuevo Tratado para solventar una situación que se había convertido en algo repetitivo. El Tratado de Utrecht, de 1713, daría vía libre al Imperio portugués de consolidarse en la región, ante la negativa expansionista de Francia desde sus territorios en Guyana, así como al reconocimiento por parte de los franceses del dominio y soberanía de las dos márgenes del río Amazonas por parte del Reino de Portugal (pp. 138 y 181). Tordesillas ya era parte del pasado, y su línea imaginaria estaba cada vez más cerca de los núcleos andinos del Imperio español, donde muy pocas veces esas decisiones papales de finales del siglo XV fueron acatadas por los portugueses, que usurparon el territorio y se apoyaron en su capacidad naval, que se acercaba más a las estructuras navales de Holanda e Inglaterra (pp. 142-145).

Gómez argumenta que el expansionismo portugués tenía una connotación económica desde otro punto de vista, planteado por algunos habitantes de Quito, que determinaban que las capitanías lusitanas eran lugares pobres con economías naturales donde no circulaba moneda acuñada y donde los intercambios comerciales se basaban en las producciones agrícolas básicas (p. 149). Pero, claramente, era una parte de lo que la región podía dar, ya que procesos adicionales a esto, como actividades artesanas o semimanufactureras, eran difíciles de desarrollar. Eran los bienes básicos, la razón de ser del expansionismo en esta región y en los procesos coloniales y conquistadores de la época. El mayor atractivo serían las riquezas auríferas del río Napo, donde se podría establecer una explotación rentable, pero volvía nuevamente a ser el cacao el producto predilecto para llegar hasta esta región (p. 150).

Los portugueses requerían a los indios para su esclavización, y los jesuitas los requerían para sus labores misionales. Por esta razón, la población indígena se convirtió en otro elemento de discordia entre las dos Coronas, un tema común en los reportes realizados por las misiones, ya que los abusos contra esta población local trascendieron hasta convertirse en un parámetro estructural de la región. Donde algunas órdenes religiosas formaban parte de la defensa y, en otros casos, de la omisión, como en el caso de los carmelitas (p. 151). Era un enfrentamiento entre jesuitas y militares (p. 172).

Es decir, la región del noroccidente amazónico se convirtió en un lugar donde los parámetros de la ley se omitieron ante la ausencia de un verdadero control monárquico, y donde tanto españoles como portugueses afirmaban ser habitantes legítimos de esta región, poniendo en duda la propiedad española de lugares ricos en oro, plata y canela (pp. 160-161). Mientras en la metrópoli se vivía un período de estabilidad entre las dos monarquías ibéricas (p. 174),



en la región, las incursiones y usurpaciones territoriales de lado y lado eran permanentes, y se hacía necesario buscar una solución (pp. 178-179).

Los relatos del Padre Juan Bautista Julián presentarían nuevamente la avanzada portuguesa, la cual acudió a sus quejas diplomáticas y oficiales ante la orden religiosa, como la verdadera usurpadora de territorios lusitanos y promotora de la desertión de indígenas de los lugares portugueses para poblar los nuevos asentamientos jesuitas. Ya la retirada española de la Provincia de Maynas se afianzaba, no ante una derrota, sino ante la incapacidad militar y económica de los erarios de la Real Audiencia de Quito (p. 191).

En el capítulo tres, Gómez se traslada a precisar tanto la expulsión de los jesuitas como los nuevos tratados de límites. Estos tratados buscaban normalizar una realidad que había permitido una amplia expansión territorial durante el siglo XVII y la primera parte del siglo XVIII. La limitación de acción de los españoles, los llevó a considerar de nuevo el armar a los indios (p. 198), para que fueran ellos los defensores naturales de su región, claramente en beneficio de los españoles. Sin embargo, el armamento ni siquiera era posible en Quito y debía ser traído desde España. Las invasiones portuguesas cada vez eran más contundentes ante la incapacidad y, en ocasiones, el desinterés y negligencia españoles (pp. 201, 210 y 222).

Con el Tratado de Madrid se anuló la vigencia eclesiástica, y se pasó de una visión de Iglesia a una visión científica con la evaluación cartográfica, la cual fue ardua entre diplomáticos, ingenieros, matemáticos y militares de España y Portugal, con el propósito de definir los límites de cada uno de los dominios en América del Sur, ahora usando el término frontera (pp. 228-231). Sin embargo, después de consolidar un mapa resultante, se hizo evidente la falta de articulación (p. 233).

Esta legitimización con el tratado hizo que los lusitanos, en cabeza del marqués de Pombal, quien era influyente sobre el rey José I, desarrollaran una serie de proyectos en la Amazonía como el cultivo de frutos originarios de la región y las explotaciones auríferas, que requerían un esquema de defensa ante las posibles amenazas de otras potencias europeas (p. 236). Era también el momento de crear una nueva Capitanía: São José de Rio Negro, en 1755, que afianzaba a los lusos ante el incumplimiento de varios artículos del Tratado de Madrid. La situación no había cambiado mucho con el acuerdo, incluida la desatención administrativa y militar española sobre la región amazónica. La Provincia de Maynas aún no contaba con unas fronteras definidas, pero sí con un lugar especial como conexión para el contrabando.

Al iniciarse la Guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra, la situación se percibía como una tensa calma en la región, ya que para el Padre Manuel Urriarte, la alianza luso-inglesa podía buscar el apoderamiento de los yacimientos auríferos del río Napo, y llegar hasta Quito (p. 260). Fue un temor que se expandió por todas las misiones jesuitas en la región, quienes habían sido, en cierta medida, las que detuvieron el avance lusitano, pero a pesar de esto eran vistas como una misión que había aprovechado la circunstancia para su beneficio.

Serían las reformas borbónicas, así como lo que años atrás había solicitado en Portugal el marqués de Pombal, los que condujeron a la expulsión de la Compañía de Jesús de estos dominios. "Una expulsión que afectaría a las jurisdicciones amazónicas de España" (p. 269), ya que la defensa española se centraba más hacia las costas, y la capacidad de otras órdenes religiosas no podía apropiarse rápidamente de la obra jesuita en la región. Aunque algo fue lo que pudieron hacer los franciscanos; en primera instancia, España mostró un mayor interés en

convertir su región amazónica en una fuente de ingresos con una nueva ola colonizadora (pp. 273-274). Un interés que no llegó a ser trascendental pero que, por lo menos, ya era parte de las cifras y los informes del Virreinato de Nueva Granada y los planes de conectar la región con el comercio interprovincial, pero distantes ante la efectividad de sus contrincantes portugueses (pp. 279-281).

Las pocas propuestas expedicionarias fueron acciones malogradas que ratificaron la superioridad de los portugueses en la región. Un ejemplo de esto fue la expedición de Loreto, y también la de Marañón, que Gómez precisa con un gran detenimiento, y confirma la inexperiencia de los militares en la zona, a pesar de la capacidad bélica y la fuerza militar designada (pp. 300-304). Una solución propuesta por este fracaso fue la construcción de una fortaleza en la desembocadura del río Napo por parte de la Real Audiencia de Quito (pp. 289-290). Sin embargo, “la Provincia de Maynas no ocupó una posición privilegiada en los itinerarios defensivos de la Corona de España en América del Sur” (p. 295). Algo que se confirmaba con lo que sucedía en la cuenca del Orinoco (p. 312).

Ya era necesario acudir de nuevo a la diplomacia con el Tratado de San Ildefonso, y una circunstancia que facilitó la negociación entre España y Portugal fue la muerte de José I, rey de Portugal. “Estos acuerdos cambiaron notablemente la apariencia del mapa regional respecto a sus divisiones políticas y administrativas, y además, sentaron las bases para nuevos preceptos jurídicos que servirían para castigar las intromisiones de españoles y portugueses” (p. 317). Otra sería la realidad a partir de 1781, cuando se inició el proceso de demarcación.

Gómez concluye que “los dominios amazónicos de España nacieron, pervivieron y desaparecieron, pues fueron de las regiones más marginales, desconocidas y fronterizas de todas las posesiones europeas en América” (p. 327). Pero fue la interacción compleja de hechos la que determinó la dinámica de una región remota para las Coronas ibéricas, donde la interacción de militares, religiosos, indios, desertores y viajeros moldeó el acontecer fronterizo durante siglos (p. 331).

Esta obra se convierte en un nuevo referente de la historiografía de la región para entender procesos históricos posteriores y, más precisamente, para comprender hacia dónde va una región que claramente ha heredado las acciones de portugueses y españoles. Es un libro que sirve para identificar aspectos culturales, políticos, y también económicos y empresariales, que permiten profundizar en las temáticas propias de la historia económica y empresarial.

